

## 17° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 12.09.2014

«Veintiún monjes salidos juntamente con el padre del monasterio, Roberto (...), después de los muchos trabajos y extremadas dificultades que han de padecer los que quieren vivir piadosamente en Cristo finalmente alcanzaron su deseo y llegaron a Cister» (*Exordium*, cap. 1).

Por lo tanto, los Padres Cistercienses querían “vivir piadosamente en Cristo” (2 Tm 3,12).

El *Exordium* lo dice casi *en passant*, porque es una elección que cada uno debe renovar personal y libremente en el seguimiento de su vocación, sin embargo, esto es lo esencial. Si se olvida esto, inmediatamente lo que es un carisma, don del Espíritu, se convierte solo en un empeño humano, una búsqueda de intereses humanos, un proyecto humano. Y todo se vuelve frágil, sin raíces, sin fuente profunda. Por lo tanto, si muchas “fundaciones” de hoy van a terminar mal, o van a ir tirando durante decenios sin vivir verdaderamente, es porque son más un proyecto humano que la expresión del deseo de ir hasta el fondo de la gracia de vivir en Cristo. En efecto, san Pablo escribe esto a Timoteo para dar razón de su perseverancia en la misión a pesar de las dificultades y las persecuciones que debe sufrir: “¡Qué cosas me sucedieran en Antioquía, en Iconio y en Listra! ¡Qué persecuciones hube de sufrir! Y de todas me libró el Señor. Y todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones” (2 Tm 3,11-12).

Solo si seguimos al Señor para vivir en Él, con el deseo de vivir en Él, tenemos la experiencia de una liberación interior e incluso exterior más fuerte que todo lo que nos pueda suceder, que todas las hostilidades y tribulaciones por las que podamos pasar. Es como mantener siempre la dirección justa, el sentido justo de lo que vivimos, del camino que hacemos, incluso si encontramos obstáculos o caemos por nuestra fragilidad.

En el *vivir en Cristo* se nos concede el cumplimiento de todo el camino místico del pueblo de Israel. ¡Cuántas veces en los Salmos se nos concede expresar que el fiel *en Dios* busca y encuentra refugio, esperanza, salvación! ¡Cuántas veces los Salmos nos invitan a alegrarnos *en Dios*, en el Señor! ¡Cuántas veces los Salmos nos ayudan a confiar *en Él!* Bastaría estar atentos a estos pasajes para rezar bien los Salmos, para encontrar en el Oficio divino un lugar que sitúa nuestra vida, nuestro corazón, nuestros sentimientos, en su justo lugar.

Recientemente me agitaba en mi interior durante un encuentro de la Orden, por los acostumbrados problemas que surgen o que vemos llegar. Después, en el Oficio de Vigilias, estaba el Salmo 61:

“Descansa sólo en Dios, alma mía,  
porque Él es mi esperanza;  
sólo él es mi roca y mi salvación,  
mi alcázar: no vacilaré.

En Dios está mi salvación y mi gloria,  
él es mi roca firme,  
mi refugio está en Dios.  
Pueblo suyo, confiad en él,  
desahogad ante él vuestro corazón,  
que Dios es nuestro refugio” (Sal 61,6-9)

“En Dios”. ¡Qué misterio esta gracia, esta posibilidad de tener a Dios mismo como Morada, como lugar misterioso en el que encontramos reposo, salvación, gloria, amparo, refugio! El salmista ya no sabe qué términos usar para decir todo lo que encontramos en Dios. Pero lo esencial es la conciencia de que estamos hechos para encontrar “en Dios” todo lo que necesitamos, todo lo que desea nuestra alma, todo lo que hace bien a nuestra vida, todo lo que nos salva. En Dios encontramos salvación no solo de lo que nos amenaza, sino de nuestro mal, de nuestro pecado, de nuestra miseria e infidelidad. En Dios está la misericordia, el perdón. Como lo expresa, por ejemplo, el Salmo 32: “En Él se alegra nuestro corazón, en su santo nombre confiamos. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti” (Sal 32,21-22). O el Salmo 84: “¿Vas a estar siempre enojado, o a prolongar tu ira de edad en edad? ¿No vas a devolvernos la vida, para que tu pueblo se alegre en ti? Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salvación” (Sal 84,6-8). O el Salmo 142: “En la mañana hazme escuchar tu gracia, ya que confío en ti” (Sal 142,8a). Pero también otros muchos Salmos hablan de esta gracia de poder siempre refugiarse en el Señor. El Salmo 30, el Salmo 36, el Salmo 83, y tantos otros que no terminaremos nunca de meditar.

Decía que en un momento de inquietud y desánimo me ha centrado y tranquilizado el versículo del Salmo 61 que dice: “En Dios está mi salvación y mi gloria, él es mi roca firme, mi refugio está en Dios” (Sal 61,8). He comprendido en aquel momento que no hay paz en medio de la vida y de cualquier circunstancia más que en la medida en la que el corazón permanece “en Dios”, y encuentra allí la gracia de una paz, de una serenidad, en la fe y confianza en Él. Y he comprendido que la mística es precisamente esto: vivir en Dios como el refugio de la vida más fuerte y profundo de todo que la puede turbar. No como una fuga, sino como un colocar cada cosa en su sitio, un vivir y afrontar todo dentro de la globalidad, dentro de la totalidad de la realidad y de las circunstancias que es el misterio de Dios en el que cada cosa tiene consistencia y sentido, en el que cada cosa es buena, amada, querida, redimida, salvada. Sobre todo aquella criatura que Dios ha querido poner en el universo como punto de consciencia y responsabilidad con respecto a Él y a todas sus criaturas: nuestro corazón. Ser verdaderamente conscientes de que “en Dios está mi salvación y mi gloria, él es mi roca firme, mi refugio es Dios” (Sal 61,8), es una verdadera liberación del corazón, la liberación que la fe realiza.

Si no tenemos este “firme refugio”, que es interior como elección del corazón, pero que ontológicamente contiene todo el universo y la historia, no podemos afrontar

la vida con alegría, porque estamos abandonados a todo lo que real o aparentemente nos amenaza, se nos opone, nos contrarresta. Con el corazón en Dios, a través de la confianza que ponemos en Él, es como entrar en un espacio en el que nada se pierde, porque está en las manos y en el corazón del Señor que ama todo y quiere conducir todo a la plenitud en Él. Orar los Salmos quiere decir continuar cultivando y profundizando esta conciencia, para acoger esta experiencia de poder efectivamente vivir en Dios, vivir en el misterio de un Dios que nos acoge en Sí, que nos tiene en Sí, incluso si nos hemos alejado de Él. Y esto nos permite una vida nueva, una vida en la que Dios mismo actúa en nosotros, como lo expresa muy bien el Salmo 36:

“Confía en el Señor y haz el bien,  
habita tu tierra y practica la lealtad;  
sea el Señor tu delicia,  
y él te dará lo que pide tu corazón.  
Encomienda tu camino al Señor,  
confía en él, y él actuará:  
hará tu justicia como el amanecer,  
tu derecho como el mediodía.  
Descansa en el Señor y espera en él,  
no te exasperes por el hombre que triunfa  
empleando la intriga:  
cohíbe la ira, reprime el coraje,  
no te exasperes, no sea que obres mal;  
porque los que obran mal son excluidos,  
pero los que esperan en el Señor poseerán la tierra.  
Aguarda un momento: desapareció el malvado,  
fíjate en su sitio: ya no está;  
en cambio, los sufridos poseen la tierra  
y disfrutan de paz abundante.” (Sal 36,3-11)

Esta vida nueva, los Salmos nos la prometen, nos la hacen desear y pedir a Dios. Pero solo “en Cristo” llega a ser posible y se cumple verdaderamente esta novedad, esta plenitud.